

Reflexión:

Hermano Oscar, Como en tu vida, el evangelio nos ha acompañado durante este fin de semana; y también en la nuestra se ha convertido en movilizador y desencadenante de conversión subversiva.

Se ha convertido en **Evangelio vivo**; Lo hemos proclamado juntos y juntas reafirmando eso que tú nos dijiste: *«Nunca me he sentido profeta en el sentido único en el pueblo de Dios, porque sé que ustedes y yo, el pueblo de Dios, formamos el pueblo profético»*. Esto de «pueblo profético» sigue siendo fuerte, como las palabras de Jesús a sus seguidores: *"Cuando oyeron todo esto, muchos de los que habían seguido a Jesús dijeron. ¡Este lenguaje es duro! ¿Quién puede sufrirlo?"*

Duro se nos ha hecho entender el lenguaje del "sismo" que desencadenó Medellín, pero más aún, «sufrir» el que estamos viviendo, provocado por nosotros mismos, porque nada hemos comprendido, porque se nos ha embotado el corazón. Imagínate lo que nos pasa al tratar de "escrutar los signos de los tiempos hoy", es como *"ver a los hombres como árboles"* volvemos a necesitar ungüento. Porque perdimos la práctica del discernimiento.

Pero, el evangelio sigue siendo vivo, porque nos devuelve al ardor profético, a esa certeza de que allí donde estoy, *"Tengo que gritar, tengo que arriesgar, hay de mí si no lo hago..."* Es efusión profética devuelta al pueblo porque le pertenece, *«... yo derramaré mi espíritu sobre todo mortal: Sus hijos y sus hijas profetizarán, los ancianos tendrán sueños y sus jóvenes verán visiones... (Joel. 3,1)»*. En algún momento, ¡Nos dejamos arrebatarse esta profecía!

Es evangelio vivo, el de Medellín, el testimonial, el femenino, el de los abusados, el que nos posesiona fuera del paraíso, (como dijo Ma. Paz Abalos) el que despierta las conciencias, el nuestro, el de todos y todas, y del que nos tenemos que hacer cargo.

Es evangelio vivo, el que nace en el corazón de la comunidad y nos devuelve la humanidad *«Se mantenían firmes en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, al partir el pan y la oración... todos los que habían creído estaban*

juntos y tenían todas las cosas en común.... Comían juntos con alegría y sencillez de corazón...», porque es allí donde nos reconocemos hermanas y hermanos, en igual dignidad, en respeto y verdad; allí los rostros nos enrostran: migrantes, jóvenes, mujeres, niños, pueblos originarios, pobres, casa común. Allí donde está la firmeza de la fe compartida y cuidada. Allí la comunidad es la base.

Es evangelio vivo; el que nos lanza, como toda obra de Dios, hacia el futuro, pero con urgencias de transformación estructural, de *nacer de nuevo*, de realismo profético martirial, histórico, social, eclesial, y por lo mismo de soledad, ausencia y abandono: *Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has abandonado?*, porque si el grano de trigo no muere, queda infecundo. ¡Así es el camino de la fe!

Hermano Oscar, La Palabra nos vuelve a interrogar, nos sigue provocando y desinstalando. Nos mantiene en un permanente sismo. ¿Será acaso para no perder el centro integrador, la referencia común, Jesús?

Hoy es el mismo Jesús quien nos vuelve a interrogar: *¿A caso ustedes también quieren dejarme?* y esa pregunta nos remite a otra igualmente fundante, *¿Dónde está tu hermano?* Porque dejarlo a Él es dejar a nuestros hermanos y hermanas.

Queremos juntos confirmar nuestra fe:

Señor, ¿A quién iremos? ¡Tú tienes palabras de vida eterna!

Este es el evangelio que junto a ti Oscar y a nuestros hermanos y hermanas: Pablo, Ronaldo, Gustavo, María, Claudia, Maite, Paloma, Sergio, Maca, Raúl, Hector... queremos proclamar, porque también ellos siguen soñando una iglesia nueva y de los pobres con Jesús al centro.

¡Gracias, Hermano Oscar, Gracias, por ser evangelio vivo!